

XOSÉ M. NÚÑEZ SEIXAS

CAMARADA INVIERNO

Experiencia y memoria de la
División Azul (1941-1945)



CRÍTICA

Xosé M. Núñez Seixas

CAMARADA INVIERNO

*Experiencia y memoria
de la División Azul
(1941-1945)*

CRÍTICA
BARCELONA

Primera edición: abril de 2016
Primera edición en esta nueva presentación: mayo de 2017

Camarada invierno
Xosé M. Núñez Seixas

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Xosé M. Núñez Seixas, 2016

© de los mapas, Carles Salom, 2016

© Editorial Planeta S. A., 2016
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

editorial@ed-critica.es
www.ed-critica.es

ISBN: 978-84-16771-94-3
Depósito legal: B. 8014 - 2017
2017. Impreso y encuadernado en España por Liberdúplex

1

Amigos y enemigos: Rusia, Alemania y el fascismo español

1.1. DEL RUSO VIRTUAL AL RUSO REAL, 1917-1941

Rusia constituía para el imaginario popular español una tierra casi ignota hasta la Revolución de Octubre de 1917. Existían, empero, algunas excepciones, fruto de las relaciones diplomáticas entre España y el imperio de los zares en la primera mitad del siglo XIX, así como, en particular, las impresiones literarias transmitidas en sus *Cartas desde Rusia* por el viajero novelista Juan Valera en 1857.¹ Treinta años después se unió a ello la difusión de los clásicos de la literatura rusa, como León Tolstói y Fiódor Dostoievski, que principió la escritora Emilia Pardo Bazán; así como los análisis de la sociedad rusa transmitidos por el diplomático e historiador Julián Juderías, quien residió algunos años en Odesa. Durante las dos primeras décadas del siglo XX contados fueron los mediadores directos entre Rusia y la esfera pública española, salvo la escritora gallega Sofía Casanova.² Tanto Valera como Juderías y Casanova difundieron una imagen de Rusia que correspondía al icono de alteridad, atraso y exotismo que caracterizaba desde el último cuarto del siglo XIX al imperio de los zares, y a Europa oriental en general, en la opinión pública occidental: una Rusia misteriosa, pseudoasiática, fanática y capaz de sufrimientos inimaginables. Constituía una variante de la visión neorromántica, doblada de fascinación por lo exótico, que se convirtió en ingrediente fundamental de la visión de Europa del Este a partir de varios clichés forjados por los autores ilustrados franceses del siglo XVIII, que contraponían su concepto de civilización a la

barbarie de Europa oriental. Se consolidaron así tópicos duraderos: Rusia era el reino de los bárbaros, frente a una Europa que había sido solar de la cristiandad, de la Ilustración, de los modernos Estados nacionales y la revolución industrial.³

Desde principios de la década de 1920, los diversos viajeros y visitantes españoles de la naciente Unión Soviética transmitieron una imagen contraria: una visión ejemplar de la nueva *patria del proletariado*, empeñada en una aurora de resurrección desde las tinieblas, que podía servir de perfecto ejemplo para otra periferia europea como era España. Aunque hubo matices diversos, dependiendo de las simpatías ideológicas de los viajeros (socialistas, comunistas o anarquistas, pero también *burgueses*), casi todos ellos vieron acriticamente en la URSS la construcción de un mundo *nuevo* y una idealizada sociedad sin clases. La propaganda soviética en castellano, los reportajes de la prensa obrera y las emisiones de radio desde 1933 cimentaron el mito de la URSS entre buena parte de la izquierda.⁴

A esa representación se contraponía el icono elaborado por las derechas contrarrevolucionarias europeas desde 1917-1918. En él se superponía el rechazo ideológico hacia el comunismo con las imágenes de alteridad, fanatismo y exotismo reactualizadas gracias a la difusión de los clásicos de la literatura rusa, desde Aleksandr Pushkin a Leonid Andreiev, Tolstói, Dostoievski y Maksim Gorki. Aunque algunas traducciones de Pushkin y otros autores vieron la luz en revistas españolas desde mediados del siglo XIX, los escritores rusos fueron vertidos en su mayoría al castellano a partir de ediciones francesas desde la segunda década del siglo siguiente, alcanzando notable popularidad.⁵ Los términos de ese icono de alteridad eran genéricos, pues apenas existía una visualización del *ruso* como tal en la esfera pública española. Los refugiados rusos *blancos*, figuras características del París de la *Belle Époque*, no aparecieron en España, salvo excepciones, hasta la guerra civil.⁶

La asociación semántica de ese estereotipo, con matices, obedecía a un molde bien conocido: el comunismo soviético, aliado de la masonería y el judaísmo, se propondría destruir la civilización occidental y cristiana, usando a España —nación preferida de Dios, y por tanto doblemente odiada— como cabeza de puente. Ese discurso fue reactualizado a partir del advenimiento de la Segunda República, y difundido con especial intensidad desde finales de 1935, cuando la acusación a todos los partidos del Frente Popular de estar vendidos

al «oro de Moscú» se convirtió en motivo destacado de la propaganda electoral y política de la derecha antirrepublicana. Se consolidó así el arquetipo de una *Rusia* identificada con la URSS, en la que el bolchevismo había abotargado y barbarizado los espíritus, encarnación diabólica del Mal. Partía de una profunda resemantización de la imagen contrarrevolucionaria del liberalismo y la Revolución Francesa, aderezada con el mito romántico de los bárbaros y teorías de la conspiración.⁷ En el fascismo español ese icono estaba ya plenamente conformado en 1936: entre la esencia oriental del despotismo de los zares y la *Rusia* industrializada y materialista habría una continuidad esencial, que amenazaba con devorar la civilización occidental.⁸

De modo complementario, esa imagen resumida en *Rusia* también devenía en un *otro* nacional. Pero durante la guerra civil española la segunda función de ese mito movilizador —la de Rusia como adversario de la nación— alcanzó una intensidad al menos igual o superior a la que había sido su función primigenia hasta entonces, la de encarnación del Anticristo. Y se fundió con la imagen del enemigo interno, reforzando semánticamente su alteridad.⁹

El ruso como enemigo (1936-1941)

El nacionalismo de guerra de los insurgentes en 1936-1939 procedió a la deshumanización —vía *desnacionalización*— del enemigo.¹⁰ Quienes militaban en la *otra* España habían dejado de ser españoles por traicionar las esencias patrias, despreciar la tradición y la continuidad histórico-cultural de su país, venderse a ideologías extranjerizantes y aliarse con separatistas. Como en 1808, en 1936 también había habido quien había auxiliado a la penetración de ideas y tropas forasteras: los republicanos y comunistas devenían en «arrusados». Pero «el marxista es aún más refinadamente antiespañol que el afrancesado de entonces».¹¹

Los traidores a la patria podían ser caracterizados de modo genérico como españoles contaminados por un virus extranjero. El *otro* era definido en términos de moral patriótica y colectiva, pero rara vez como grupo o estrato social explícito. Dentro de él, los *rusos* eran metáfora de los extranjeros comunistas, y como término complementario que reforzaba la estigmatización del enemigo que encerraba el

más general de *rojos*. Aunque varias decenas de voluntarios rusos blancos, llegados en su mayoría desde Francia, se unieron a los insurgentes, el gentilicio *ruso* adquirió eficacia autónoma como significante de la alteridad nacional, y reforzaba la percepción del conflicto como una guerra frente a un invasor. La ambición de Rusia, que «había soñado con clavar la hoz ensangrentada de su emblema en este hermoso pedazo de Europa», había desencadenado la guerra: «las masas comunistas y socialistas de la tierra, unidas con masones y judíos» utilizarían España como «peldaño de oro para triunfar en el mundo». La lucha se convertía así en una nueva *Reconquista* del suelo español ocupado por los «lobos de la estepa rusa». ¹²

La extranjerización se expresaría de entrada en los lemas del enemigo. Según los relatos de los huidos de la *zona roja*, los milicianos y los niños madrileños proferían constantemente vivas a Rusia y muertas a la patria. El Madrid rojo habría visto en pocos meses cómo la anarquía miliciana, «tan española», era sustituida por las normas del «figurín ruso», con sus «emblemas extraños». ¹³ Si la guerra había empezado como un alzamiento para restaurar la plena españolidad de una República entregada a «ideales anarcocomunistas tipo Rusia», la intervención de la URSS habría transformado la guerra civil en una guerra de liberación nacional. España representaba la resistencia del nacionalismo frente al comunismo disgregador de todo vínculo espiritual, un conflicto global entre el comunismo y la «realidad vital de las nacionalidades». Si aquél vencía, el mundo ya no estaría dividido en naciones. *Rusia*, la Unión Soviética, devenía en personificación concreta del anticomunismo de los insurgentes, y en amenaza a la pervivencia de la nación española. ¹⁴

Si el solar del internacionalismo proletario se tornaba en potencia invasora, todos los comunistas españoles se convertían, además de en *rojos*, en *rusos*, como perfecta corporeización de su alienación nacional. Los rasgos de esa conversión no se definían en términos etnoculturales, sino ideológicos. ¹⁵ Quien iba a formarse —en sentido literal o figurado— a Rusia volvía convertido en un *ruso*, importando educación y costumbres de la URSS. Los milicianos republicanos fueron representados con frecuencia como hombres rudos tocados con un gorro militar soviético, mientras los militares de graduación leales a la República eran descritos como enmascarados agentes rusos. *Rusia* y lo *ruso*, sin matices, servían además como perfecta metáfora de todos los vicios colectivos que caracterizarían al bando republicano, desde

la óptica de los insurgentes: masificación, pobreza, caos, falta de patriotismo, ausencia de moral... En su versión más católica, era el epítome del reino de Satán: una «funesta estirpe apocalíptica de rojas alas, chispeantes ojos y sádicos instintos».¹⁶

Los *rusos*, sin embargo, carecían de fisonomía propia. Quizá porque la dimensión cuantitativa real de los soviéticos en el ejército republicano era más reducida de lo que sugería la propaganda insurgente. Aunque fue relevante la cantidad de armamento proporcionado por la URSS a la República, no más de dos mil doscientos técnicos, pilotos y asesores militares, además de miembros de la policía política, pisaron suelo español durante la contienda. Las probabilidades de topar en el frente con auténticos rusos eran mínimas, pero la propaganda insurgente apelaba a estereotipos genéricos y caracterizaba a los prisioneros republicanos con caras que recordaban a Lenin como exponentes de «una raza pobre, decadente»; o como un «cosaco mongol», látigo en ristre.¹⁷ Los soldados rebeldes aludieron a menudo en sus testimonios epistolares a sus adversarios como *rusos*.¹⁸

Durante la primera posguerra se reprodujo un estereotipo similar. El escritor José M^a Salaverría afirmaba que el ruso era equiparable a un «matón de taberna», doblado de exotismo impenetrable y de una perfidia para la que lo predestinaba la «complejidad de su formación racial, que con frecuencia bordea el salvajismo». Y al llegar la noticia de la invasión de la Unión Soviética el 22 de junio de 1941, el semanario *Mundo* recordaba que España ya conocía al adversario, que «personificaba en Rusia sus fuerzas de criminal inducción y complicidad satánica».¹⁹ Dolores Gancedo, novia del dirigente falangista toledano Alberto Martín Gamero, evocaba al cumplirse el quinto aniversario de la *liberación* del Alcázar de Toledo el ansia de llevar la venganza hasta el origen de todos los males:

El día de hoy tan idéntico a aquél hace cinco años, espléndido y claro como los corazones que llegaban a liberarnos y para mí lleno de esperanzas de una vida nueva y mejor, como actualmente ... las inquietudes de proseguir la campaña, deseos de cruzada y grandes ánimos para seguir combatiendo, pero nunca se pensó que alguien tuviera la suerte de llegar hasta el mismo suelo donde nacieron nuestros enemigos.²⁰

1.2. HITLER, EL NAZISMO Y LA OPINIÓN PÚBLICA DE LA ESPAÑA NACIONAL

Ecos de Roma... y de Berlín

La influencia del nacionalsocialismo en los pasos iniciales del fascismo español fue escasa. Los primeros núcleos político-intelectuales que se identificaron con el fascismo en los años veinte, fuesen los grupos de acción *escuadrista* nacidos en Barcelona y Madrid, fuese la empresa intelectual iniciada por el escritor Ernesto Giménez Caballero desde la revista *La Gaceta Literaria* (1927-1932), tenían como principal fuente de inspiración a Mussolini. Italia operaba además, para los primeros fascistas españoles, como un espejo en el que cimentar la esperanza en un resurgimiento hispánico, basado en la común apelación a la herencia del imperio romano. España sería la continuadora del legado clásico, y el triunfo fascista supondría igualmente que la civilización, barnizada de catolicismo, volvería al Mediterráneo.²¹

Los fundadores de los primeros grupos fascistas, Ramiro Ledesma Ramos y Onésimo Redondo Ortega, poseían un bagaje cultural germanófilo y pertenecían a una generación más joven, para la que la Marcha sobre Roma era un recuerdo lejano. No así el ascenso del partido nazi (NSDAP) en Alemania desde 1929. Ledesma, discípulo de José Ortega y Gasset, pasó cuatro meses en Heidelberg en 1930; traducía filosofía alemana e incluía el nacionalsocialismo entre sus referentes políticos. Redondo fue en 1927-1928 lector de español en la Escuela de Comercio de Mannheim, donde analizó las estrategias del catolicismo político alemán, y vio en Hitler un defensor del cristianismo frente al marxismo. Si desde el semanario *La Conquista del Estado* (marzo de 1931) Ledesma prestó atención a los progresos del nacionalsocialismo,²² sus Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista (JONS), constituidas en octubre, se inspiraron en el corporativismo social mussoliniano. Redondo y sus seguidores lanzaron diatribas antisemitas desde su periódico *Libertad*, editado en Valladolid desde junio de 1931.²³

Con todo, los ecos de Roma eran todavía más fuertes que los de Berlín. El nacionalsocialismo irrumpió como ejemplo de renacimiento nacional, basado en un líder carismático y en la captación de voluntades a derecha e izquierda.²⁴ Varios pasajes de *Mein Kampf* (Mi lucha) fueron traducidos en *Libertad*, que asistió con interés a las estrategias nazis de propaganda.²⁵ A los jonsistas interesaba cuál era la postura

de Hitler frente al dilema de dar prioridad al elemento «nacional» o al «socialista». Su liderazgo facilitaría que «el nacionalsocialismo gobernará muy pronto en Alemania ... y ello le ha de proporcionar la ocasión definitiva para apoderarse del Estado», afirmaba Ledesma.²⁶

Desde febrero de 1933, la admiración pasó a ser compartida por todas las derechas antirrepublicanas, que veían en el canciller a un adalid de una unidad nacional suprapartidaria y antimarxista. Según Ledesma, Hitler no sólo era un genial agitador, sino un estadista pragmático, que conquistaba todo el poder para los nazis con menos concesiones a los conservadores que Mussolini.²⁷ Del nacionalsocialismo admiraban los fascistas españoles la orquestación de la solidaridad nacional alrededor de un líder. Envidiaban su osadía en imponer la voluntad y la fuerza sobre el Derecho, como mostró el abandono por Alemania de la Sociedad de Naciones en octubre de 1933.²⁸ El resurgir germano era un ejemplo para una España que lloraba su decadencia imperial.²⁹ Y Hitler, un líder hecho a sí mismo y creador de un movimiento de masas por saber interpretar el sentir de su pueblo.³⁰

El racismo y el ateísmo nazis representaban un problema para algunos. Los fascistas y católicos autoritarios españoles se distanciaban del antisemitismo biológico-genético, especificidad del «hitlerismo», aunque algunos intentaron formular una teoría metafísica del racismo nazi, equiparable al fundamento cultural e histórico de la nacionalidad y, por tanto, exportable a otros países.³¹ Recordaban que tampoco los españoles gustaban de los judíos, y se mostraban comprensivos hacia la interpretación germana de un *problema* universal, que en España adquiriría características confesionales. Juzgaron así con benevolencia las primeras medidas segregadoras contra los judíos en Alemania, y minimizaron el «paganismo» nazi.³² Era el caso del ensayista conservador Vicente Gay cuando visitó Alemania, financiado por la embajada germana, en 1933: recelaba del racismo biológico y prefería un autoritarismo más templado, pero justificaba los primeros campos de concentración. En su análisis del nazismo publicado un año después, el falangista Juan Beneyto defendía acotar el influjo de los judíos (y del catolicismo) en la vida pública como una vía de «nacionalización de la política»; pero el acuerdo de Hitler con las Iglesias cristianas para delimitar sus funciones demostraría que no era antirreligioso. El antisemitismo nazi distinguiría entre no sionistas («súbditos de Alemania, que en Alemania viven») y sionistas («nacionaljudíos»). La nueva Alemania supondría además una superación europea del nacio-

nalismo y del ideal burgués de Estado nacional, fundiéndolo con un ideal racial y asociándolo al concepto de imperio. El periodista César González Ruano resumía los lemas nacionalsocialistas y presentaba a los judíos como apátridas y traidores a Alemania.³³

En ese punto coincidían otros visitantes del Tercer Reich. El estudiante asturiano Ramón de Rato veía en el nazismo una esperanza para la juventud europea, asediada por el marxismo, y destacaba el control totalitario de la cultura; también disculpaba el racismo como una manifestación particular de nacionalismo, que un español no podía juzgar. Y el cineasta Adelardo Fernández Arias veía justificado «exterminar» el influjo judío en Alemania, concluía que mentían los «judíos alemanes» refugiados en España que negaban la compatibilidad de hitlerismo y catolicismo; consideraba que el *Führer* era «el salvador ... de una raza. De una época», y sólo deseaba un remedo hispánico: «¡Españoles! Rezad todas las noches esta oración: ¡Dios mío!... ¡¡Salva España!!... ¡¡¡Concedéndonos un hombre como Hitler!!!». ³⁴ El anticomunismo del *Führer* lo redimía de su error pagano, recordaba *Libertad*:

Hasta ahora ... el régimen hitleriano no ha conseguido ... la confianza del mundo occidental cristiano. Pero a lo menos que tiene derecho es a que los católicos consideren el ateísmo y la barbarie sin nombre del bolchevismo, como el polo opuesto a la causa de Cristo. Ya que miramos ... el hecho hitleriano como una poderosa barrera contra el infierno comunista. ¿No es eso bastante para encontrar en todo pecho cristiano un rescoldo de simpatía? ¿Hagamos votos los católicos por que el nacional-socialismo protestante o pagano se convierta, pero no por que se hunda!³⁵

No menos comprensiva hacia Hitler se mostró la prensa antirrepublicana desde enero de 1933, en particular los monárquicos y tradicionalistas fascitizados agrupados en torno a la revista *Acción Española*. Muchos de ellos habían sido germanófilos durante la primera guerra mundial, y asumieron la revisión irracionalista de los fundamentos del Estado liberal que llevaron a cabo Oswald Spengler o Carl Schmitt.³⁶ Y se mostraron fascinados ante el *resurgimiento* nacional de Alemania, la modernidad de las manifestaciones de masas, el ideal de supremacía de la comunidad nacional y su anticomunismo. Las reservas provenían del laicismo y la retórica anticapitalista del nazismo, de su antimonarquismo y, paradójicamente, de su estrategia electoral. Los españoles preferían la conquista del poder mediante un golpe de mano.³⁷

Con todo, el modelo italiano todavía era contemplado como el más aplicable a las circunstancias ibéricas. Invitado por el NSDAP, José Antonio Primo de Rivera visitó la Alemania nazi en la primavera de 1934, donde además de un fugaz encuentro con el *Führer* fue recibido por algunos jefes del partido, como Alfred Rosenberg.³⁸ Pero a su retorno se mostraba escéptico sobre el nacionalsocialismo.³⁹ El periodista Antonio Bermúdez Cañete, tras sentir atracción por Hitler y traducir fragmentos de *Mein Kampf*, acabó por repudiar el racismo, el ateísmo y las tendencias *socializantes* del nazismo cuando era corresponsal en Berlín del diario *El Debate*.⁴⁰ Y el historiador Santiago Montero Díaz, admirador de Mussolini, contempló la fase de implantación del régimen nazi durante su estancia en Berlín en la primavera de 1933. A su vuelta, empero, mostraba poco entusiasmo por el Tercer Reich.⁴¹

Tanto la Falange como la unificada FE-JONS (febrero de 1934) se dirigieron a Roma cuando solicitaron financiación externa. Conspicuos falangistas, como el poeta Federico de Urrutia, eran redactores del diario *Informaciones*, subsidiado por Berlín desde 1934, donde se difundían artículos antisemitas y pronazis.⁴² Algunos consulados alemanes también hicieron llegar propaganda nacionalsocialista a los fascistas españoles.⁴³ Y existían algunos vínculos entre los núcleos falangistas y los grupos de la organización exterior —*Auslandsorganisation* (AO)— del NSDAP. Pero la diplomacia germana apenas mantenía contactos directos con los falangistas, e ignoraba las conspiraciones antirrepublicanas en curso durante la primavera de 1936. El fascismo español parecía a los alemanes un movimiento lastrado por el origen «aristocrático» de sus líderes.⁴⁴ Por el contrario, tanto los conspiradores militares como varios líderes monárquicos obtuvieron de Mussolini dinero, armas y adiestramiento militar para grupos de *requetés*.

Fascinados por el Tercer Reich

La guerra civil española supuso una inflexión. Los sublevados, gracias a sus contactos en Marruecos con comerciantes alemanes vinculados al NSDAP, hicieron llegar su petición de ayuda a Hitler a finales de julio de 1936. Siguió el envío de suministros militares y, sobre todo, un contingente armado, la Legión Cóndor, integrada por aviadores y personal de apoyo técnico. En noviembre Hitler envió como representan-

te diplomático ante el cuartel general de Franco en Salamanca al convencido nazi y antiguo asesor militar en Argentina y Perú Wilhelm Faupel, quien dirigía en Berlín el Instituto Iberoamericano (*Iberoamerikanisches Institut*, IAI). Era una imposición de la *Auslandsorganisation* del NSDAP frente al tradicional Ministerio de Asuntos Exteriores, que traducía la prioridad que el partido nazi otorgaba a las relaciones con Falange, cuya militancia e influencia crecían de modo exponencial. En febrero de 1937 Faupel fue elevado al rango de embajador. A pesar de las instrucciones recibidas, excedió ampliamente sus funciones diplomáticas y se inmiscuyó con frecuencia en las disputas políticas de la retaguardia insurgente, así como en la planificación de las operaciones bélicas. Despreciaba a los tradicionalistas y los militares españoles, pero veía en los falangistas auténticos fascistas revolucionarios, cuyas ambiciones de poder apoyaba. Concibió además un programa de intercambio cultural que incluía visitas de jerarcas, jóvenes y cuadros de Falange al Tercer Reich. Rivalizando con los italianos, esperaba ganarse a los falangistas para una alianza duradera con los intereses geoestratégicos de Alemania.⁴⁵

El respaldo de Faupel, sin embargo, a los partidarios de Manuel Hedilla, que intentaron hacerse con el poder dentro de FE, su oposición al Decreto de Unificación de abril de 1937 y a la nueva Falange Española Tradicionalista y de las JONS (FET-JONS), y su intromisión en cuestiones militares llevaron a su destitución por Hitler a finales de agosto de 1937.⁴⁶ Como otros nazis, Faupel concluyó que el *caudillo* favorecía la restauración del poder de la Iglesia católica y las élites tradicionales, y reprimía a las masas obreras y campesinas, en vez de integrarlas. El exembajador se llevó consigo a Berlín a algunos colaboradores falangistas, retomando la dirección del Instituto Iberoamericano.⁴⁷

El período 1938-1942 marcó el punto álgido de la influencia nacionalsocialista en el fascismo español, de forma paralela a la aproximación político-diplomática entre España y el Tercer Reich. Era una relación que, para los alemanes, se basaba en intereses estratégicos, y sólo de modo secundario en la exportación ideológica del nacionalsocialismo. Pretendían incluir a España en el nuevo orden económico europeo bajo la hegemonía del Tercer Reich, y en su estrategia de «guerra en la periferia», con el fin de forzar a Gran Bretaña a capitular. Numerosos jerarcas falangistas se desplazaron a Alemania desde 1937, en viajes de representación o para estrechar relaciones con el NSDAP, y Heinrich Himmler visitó España con amplia cobertura pro-

pagandística. Las organizaciones sectoriales del NSDAP sirvieron de modelo para fundar en 1940 el Frente de Juventudes (FdJ) y el Auxilio Social (inspirado en la *Winterhilfe*), así como para ampliar las competencias de la Sección Femenina de Falange.⁴⁸

Los líderes locales de FET celebraban actos conjuntos con los grupos del NSDAP, y visitaban a los cónsules alemanes en fechas señaladas. Igualmente se multiplicaron los intercambios intelectuales, y Berlín se convirtió en un destino habitual para profesores españoles de orientación falangista. El Estado nazi procuró además influir en la opinión pública española a través de generosas subvenciones a la prensa del *Nuevo Estado*.⁴⁹ También estableció sólidos lazos con los organismos culturales franquistas, basándose en parte en plataformas organizativas ya existentes desde la década de 1920 y cuya actividad se había intensificado durante la guerra civil, como la *Deutsch-spanische Gesellschaft*. Fue igualmente el caso del Instituto de Estudios Políticos (1939), que sirvió de cauce preferente para la recepción de las teorías nazis en el ámbito del Derecho, de la Teoría Política y de las Ciencias Sociales. En particular, la nueva Filosofía del Derecho o *ius-nazismo*, que partía de una revisión de los postulados individualistas y positivistas para elaborar una teoría comunitaria de un Derecho *nacional* (*Volksrecht*) ejerció una notable influencia en varios de los teóricos de los fundamentos doctrinales del Nuevo Estado franquista, como Luis Legaz Lacambra o Francisco J. Conde.⁵⁰

Aproximación estratégica y sintonía ideológica no suponían necesariamente una absoluta identificación de las élites político-intelectuales del franquismo con los objetivos e intereses de la Alemania nazi. La plena beligerancia en la guerra mundial junto al Tercer Reich era una opción deseable para los fascistas españoles, que esperaban así conquistar «todo el poder para la Falange», al menos hasta mediados de 1941; pero también para algunos sectores del ejército y muchos católicos tradicionalistas. Empero, Franco estimaba que España debía participar en la guerra sólo si sus ambiciones territoriales en Marruecos y África septentrional y ecuatorial se veían satisfechas, junto con una generosa aportación de suministros alimenticios y petróleo por parte del Eje. La falta de interés de Hitler y su Estado Mayor en el escenario del norte de África y en el Mediterráneo, hasta 1943 un teatro de guerra secundario, impidió que se materializase la entrada de España en el conflicto.⁵¹ El Tercer Reich otorgó prioridad en lo sucesivo al papel de España como suministradora de materias

primas estratégicas, como el wolframio, integrando al país en un imperio económico aún en ciernes.⁵²

Germanofilia tampoco era equivalente a nacionalsocialismo para miles de franquistas. Ciertamente, la simpatía por Alemania que se había manifestado en buena parte de las derechas católicas durante la primera guerra mundial se veía reforzada ahora por la admiración política hacia Hitler y la fascinación ante su ejército.⁵³ En septiembre de 1939 registraron reacciones encontradas entre las bases falangistas y tradicionalistas ante el pacto germano-soviético y la invasión de la católica Polonia, cuyo régimen autoritario había simpatizado con los insurgentes en 1936.⁵⁴ Pero esas reservas desaparecieron rápidamente con la conquista de Francia. Adversarios de Falange como el general José Enrique Varela sentían gran admiración por la Wehrmacht, y los cónsules alemanes consignaban que muchos militares antifalangistas anhelaban la entrada en guerra de España al lado del Eje.⁵⁵ Numerosos tradicionalistas, monárquicos y anticomunistas veían en Hitler a un paladín de la civilización europea y cristiana, al igual que buena parte de la oficialidad del ejército, comprendiendo miles de tenientes y «alféreces provisionales» creados entre 1937 y 1939. Sentían fascinación ante el poderío militar de Alemania y su «resurgir nacional» antimarxista, que vencería a los «enemigos históricos» de España.

La propaganda falangista entre 1940 y 1942 prodigó tonos encomiásticos hacia el nacionalsocialismo y hacia Hitler, visto como *miles gloriosus* y clarividente estratega; también adoptó algunos tintes antisemitas.⁵⁶ Varios autores veían llegada la hora del Nuevo Orden, en línea con los postulados de Berlín, cuyos tentáculos sufragaban periódicos y obras panegíricas.⁵⁷ La escritora católica Carmen Velacoracho publicó dos biografías del *Führer*, retratándolo como un defensor de la civilización cristiana frente al Anticristo soviético y el judaísmo masonónico. Y Federico de Urrutia editó un poemario a la «Alemania eterna», en el que varios autores cantaban al Tercer Reich y a Hitler, restaurador de una Germania heredera de los nibelungos y campeona de la Cruz frente a judíos, masones, capitalistas y comunistas.⁵⁸ Igualmente, la disidente Junta Política Clandestina de Falange, presidida por el coronel Emilio Rodríguez Tarduchy, mantuvo algunos contactos con el NSDAP.⁵⁹ Varios grupos de militantes falangistas adoptaron simbología nazi, y emprendieron campañas de boicot a ciudadanos británicos o aliadófilos. En otras ocasiones constituyeron asociaciones de apoyo a la «Gran Alemania». En Valencia surgió a principios de

1941 dentro de la Falange un grupo clandestino, con conexiones con el consulado, la embajada alemana en Madrid y el NSDAP local, para hacer propaganda pro nazi y amedrentar a elementos anglófilos. Con el nombre de «Sección de Asalto», se hizo notar en algunos pueblos, y con apoyo de varios curas de la región también planeaban extenderse a todo el territorio español.⁶⁰ En mayo de 1941 también surgió en Valencia una célula rival, el Grupo de Simpatizantes de la Gran Alemania, integrada entre otros por el jefe provincial de FET Adolfo Rincón de Arellano y el delegado provincial de información e investigación del partido.⁶¹ Tanto la organización local del NSDAP como el consulado alemán cesaron toda colaboración con ambos grupos en junio de 1941, para evitar complicaciones diplomáticas.⁶²

No obstante, en la España de 1940-1941 apenas había *nacionalsozialistas* que cuestionasen los postulados del fascismo católico, o que compartiesen un antisemitismo que fuese más allá del antijudaísmo confesional. Pero los postulados del racismo determinista y biológico-genético, la eugenesia y las teorías raciales de Lombroso y la biopsicología tuvieron influjo en personajes como el psiquiatra militar Antonio Vallejo-Nájera, quien pretendía conciliar esos principios con la defensa espiritual de la Hispanidad, así como demostrar el origen semita de la izquierda española. Si para él no existía una «raza hispana» con rasgos biológicos, explicaba la simpatía hacia el «marxismo» mediante indicadores fenotípicos y biopsíquicos.⁶³

Hitler, el ángel vengador

Como recogía Rosenberg de sus informantes en España, «Hitler es un mito, de Alemania se espera todo»; los fascistas españoles insistían en ser «nacionalsindicalistas» y sólo esperaban ayuda complementaria de los nazis, preferidos a los italianos.⁶⁴ En 1939 eran muchos y variados los españoles que simpatizaban con el Tercer Reich. Docenas de ellos escribieron a la embajada alemana con ocasión del cumpleaños de Hitler (20 de abril) en 1940 y 1941, o durante el período posterior a la caída de Francia. Esos momentos coincidieron con la ofensiva de Falange para intentar conquistar «todo el poder» para el partido, así como con la declaración de la «no beligerancia» de España en el conflicto mundial por parte de Franco, vista como una fase previa a la plena entrada junto al Eje; y, sobre todo, con el inicio de la guerra germano-soviética.⁶⁵

Entre quienes escribían abundaban los profesionales liberales, funcionarios y empleados. Buena parte eran excombatientes; más de uno había experimentado la represión *roja* un lustro antes, y veía en Hitler su ángel vengador particular. Dos empleados de la embajada germana en Madrid y Valencia constataban que la demanda de material propagandístico alemán había aumentado de forma exponencial gracias a los éxitos de la Wehrmacht. ¿Quiénes lo solicitaban? Según sus palabras, «médicos, abogados y medianos comerciantes». ⁶⁶ Esas manifestaciones de simpatía eran anteriores a la invasión de la URSS, y mostraban que los esfuerzos desplegados por la propaganda nazi conseguían cierta impregnación social, y llegaban mucho más allá de los falangistas. ⁶⁷ En julio de 1940 un párroco gallego saludaba a Adolf Hitler «con todo el entusiasmo del alma». Y el catalán José Basiana le animaba a derrotar a Inglaterra para propiciar «la entrada de Gibraltar a la unidad de España». Argumentos similares expresaban un comerciante extremeño, un aristócrata, un industrial sevillano —para quien Hitler era un «ser providencial para imponer la justicia y la paz en Europa»—, un conservero valenciano y un abogado gallego. Un teniente que escribía en nombre de sus «compañeros de generación» se conmovía al recordar «cuántos alféreces provisionales habrán dejado correr una lágrima de emoción por sus mejillas, porque quisiéramos estar ahí para cantar de nuevo la victoria». ⁶⁸ Otros aplaudían la derrota de las democracias y deseaban la pronta caída de Inglaterra. ⁶⁹

Las adhesiones participaban del clima de escepticismo general hacia la democracia, la admiración por la potencia alemana y la confusa esperanza de regeneración autoritaria que recorrió la Europa continental en el verano de 1940. ⁷⁰ En la neutral España, esa ola de simpatía tenía componentes específicos. Para unos se trataba de agradecer a Alemania el apoyo prestado durante la guerra civil. Para otros, el hecho de que el Tercer Reich se enfrentase a los «enemigos históricos» de España. Para otros más, el *Führer* era el artífice de un Nuevo Orden europeo de difusos contornos, al que España aportaría un sello católico. Para todos ellos, la victoria de Hitler «es también la nuestra», como afirmaban dos damas barcelonesas. De forma sincrética admitía una familia malagueña que «aunque somos muy españoles, también somos muy hitlerianos», por lo que colocarían el retrato de Hitler junto al de Franco en la chimenea. ⁷¹ Muchos se identificaban además con el combate contra las democracias liberales y el judaísmo, equiparado al capitalismo internacional. Varios militantes cordobeses de

FET esperaban que Hitler alcanzase una «pronta victoria sobre nuestro común enemigo, el capitalismo judío y las mal llamadas democracias». Sentimientos similares expresaban otros dieciocho falangistas, entre ellos varios excombatientes, que incidían en el inconcreto Nuevo Orden europeo. Un oficinista madrileño comparaba al *Führer* «con aquel Carlos I y Bismarck [*sic*] inconfundibles en la indisoluble unión de ellos», se mostraba orgulloso de descender de los visigodos, y esperaba que Mussolini, Hitler y Franco llevaran a Europa «paz, trabajo, orden, sosiego, progreso y CULTURA», aplicando el programa de la Falange. Pero Hitler debía conocer España para «pulsar sus teorías y sus prácticas y atemperarlas a las necesidades psicológicas, étnicas y demográficas del pueblo español». Un médico catalán auguraba que la victoria alemana instauraría un Nuevo Orden que llevaría al mundo al «equilibrio económico y social». ⁷²

Como en Alemania, las motivaciones religiosas se mezclaban además con el *Führerprinzip*. ⁷³ Una dama navarra «muy Española» expresaba su admiración por Hitler, por quien rogaba a Dios todos los días. ⁷⁴ Y un sacerdote pucelano destacaba el «tacto diplomático y las virtudes altruistas» de Hitler, transmitidas a Alemania, «primero del mundo en orden, disciplina, trabajo, abnegación y patriotismo». Serían más los curas que, como él, «pensamos independientemente (aunque por ello seamos objeto de persecución por parte de nuestros superiores)». Una Alemania renacida «gracias al genio orador de un hombre extraordinario» designado por «la Providencia» para regir los destinos de Europa, podría reparar los atropellos perpetrados contra el imperio español a manos de Gran Bretaña. ⁷⁵

La invasión de la URSS elevó al paroxismo el *hitlerismo* de muchos franquistas. Algunos se solidarizaron con los diplomáticos germanos: el cónsul en Bilbao relataba el 23 de junio que varios empresarios y banqueros le habían felicitado por la invasión; el vicescñsul en Monforte de Lemos destacaba que los curas locales habían cambiado ahora de postura ante el Tercer Reich; y el cónsul de Alicante recibía peticiones para alistarse en la Wehrmacht. ⁷⁶ También aumentó el interés por conseguir *reliquias* del *Führer*, sobre todo retratos dedicados. «Es de sumo interés y honra de los camaradas juveniles el poseer un retrato del salvador de Europa», escribía el delegado del FdJ en Huesca. Un comandante de artillería deseaba colocar en su gabinete los retratos de Hitler y Mussolini, y una dirigente de la Sección Femenina solicitaba una foto del *Führer*, admirado por toda su familia de

«verdaderos fascistas» como «el hombre de más talento y más valiente del planeta». El pintor valenciano José Segrelles Albert entregó en la embajada, como obsequio para Hitler, una acuarela que representaba el triunfo de Europa contra la bestia comunista en un paisaje nevado; en él avanzaban un hidalgo con la Cruz de Santiago en el pecho y un león de la mano, al lado de un romano y un rubio germano.⁷⁷

¿Habían cambiado las motivaciones de los germanófilos? Los fascistas españoles ratificaron su anterior admiración por Hitler y por el nazismo. Para los ultrafalangistas que perdieron la batalla por el control del partido único en mayo de 1941, tras el nombramiento del dócil José Luis de Arrese como secretario general de FET-JONS, la estela triunfante del Tercer Reich podía convertirse en una esperanza. Católicos, tradicionalistas y algunos monárquicos confirmaron su convicción en que las tropas de la Wehrmacht serían el instrumento escogido por la Providencia para acabar con la reencarnación de Luzbel, y dar una lección a la *pérfida Albión* y a sus aliados demócratas. Al ser agente de la derrota final del *Anticristo* soviético, Alemania se redimiría de su tendencia al paganismo. La conversión del Tercer Reich llegaría cuando aplastase a la *Bestia*.⁷⁸

Al hacerlo, Hitler también humillaba a los adversarios del tradicionalismo español, pues la URSS había devenido en un epítome de los enemigos internos y externos del conservadurismo católico español desde el siglo XIX.⁷⁹ Un comerciante conquense aplaudía la campaña contra las «hordas Rojas» y «contra el Imperialismo inglés aliado también de los moscovitas ... los para mí repugnantes ingleses». El «genial conductor del Imperio Alemán» estaba llamado a la «destrucción y aniquilamiento de la Masonería judeobolchevique». ⁸⁰ Y un empresario deseaba que las armas alemanas arrasasen la «pérfida y engañosa Rusia», promotora de *checas* y secuestradora de niños españoles. Pero Gran Bretaña también era culpable, y merecía pagar por «las expoliaciones» del imperio español.⁸¹ Para más de uno, Alemania ejecutaba una venganza personal por brazo interpuesto. Un funcionario jubilado, conservador y germanófilo desde 1914, veía la oportunidad de «vengar seres queridos asesinados por esa horda maldita», y con sus escasos recursos se compró una radio para seguir los triunfos de la Wehrmacht.⁸² De diversos puntos arribaron igualmente cartas de adhesión firmadas por las élites sociopolíticas del régimen a nivel local: un elenco variopinto de propietarios agrarios, maestros, abogados, delegados locales y militantes de Falange, excombatientes de la guerra civil, mu-

tilados y *excautivos*, que hacían votos por el «exterminio» del «enemigo común que se interpone a la grandeza del Continente Europeo». ⁸³

El entusiasmo germanófilo alcanzó incluso a los más reticentes hacia el ateísmo nazi: los tradicionalistas. Su líder en el exilio, Manuel Fal Conde, expresaba serias reticencias frente a la Alemania nazi y al envío de voluntarios al frente ruso, como mostró en su carta del 13 de julio de 1941. Mas, con anterioridad, diversos dirigentes del antiguo *requeté* visitaron a los cónsules alemanes para expresarles su plena disposición a alistarse voluntarios para Rusia, lo que habría sido boicoteado por los falangistas. Ante el cónsul en Bilbao, los oficiales tradicionalistas afirmaban incorporarse a la «unanimidad con que el mundo cristiano aplaude la rotunda decisión ... de raer y extinguir el comunismo», en una coyuntura en la que Europa, recobrando su «perdida unidad moral», se decidía a dar cabo a «un régimen que tiene por fin la anulación de la persona humana» y encarnaba «las tres internacionales: la judaica, la masónica y la financiera», reeditando en otro escenario la guerra civil: el «frente de la Cruzada española, íntegro en sus componentes y en sus designios, se ha trasladado a Rusia». Los carlistas no podían permanecer impasibles ante la necesidad de defender los «valores más elevados del espíritu» frente al «peor materialismo», respondiendo al mandato de la Tradición y de la civilización cristiana», restaurada en «una Europa unida y en orden». ⁸⁴ Según seis dirigentes carlistas navarros, la guerra era un enfrentamiento entre las democracias, origen del comunismo urdido por la masonería y el judaísmo, y las naciones «conscientes de su destino histórico». ⁸⁵

Ya avanzada la guerra en el Este, otro grupo de significados carlistas de Madrid insistió en esos argumentos ante la embajada germana. Sin alabar a Hitler como líder carismático, recordaban la hermandad de armas de la guerra civil, y presentaban la campaña como la lucha final entre la tríada comunismo-judaísmo-masonería y la civilización cristiana, continuación de la vieja pugna entre liberalismo y tradición. ⁸⁶ Muchos carlistas eran germanófilos sin identificarse, siquiera retóricamente, con los principios del nazismo; había quien veía en el Tercer Reich un sucesor del imperio guillermino, y por tanto un posible aliado de los tradicionalistas católicos, germanófilos desde hacía décadas, al contrario que los falangistas, «un conjunto de ladrones, asesinos y rojos». ⁸⁷ No toda germanofilia era profascista; pero en aquel momento, todas las miradas confluían en el Tercer Reich y su guerra contra la URSS.